

## Grecia conquistadora y conquistada

Salvador DÍAZ CÍNTORA

### *Variaciones sobre un viejo tema*

Aceptado sin mucho pensar el tema que fijaron mis alumnas para esta mi conferencia, sólo después me percaté de la dificultad que entraña por el hecho de ser un asunto tratado infinidad de veces, muchas de ellas por plumas ciertamente mejor cortadas que la mía, cuestión en que se ha llegado a conclusiones valederas, indiscutibles, y, por ende, correría yo el gran peligro de no hacer más que repetir, con mis torpes palabras, lo que ya está de tiempo atrás mucho mejor dicho, el peligro, en fin, de adormecer a esta juventud estudiosa que tan amablemente me invita a hablar ante ella. Recapacité luego y decidí que, lugar tan común como se quiera, es rico en sí, y que algo de esfuerzo podría traer cierta variedad, como reza mi subtítulo, y capotear así lo mejor que se pudiera el tedio, vicio que he considerado siempre como uno de los mayores, así en la conversación como en la enseñanza.

Empecemos, pues, como los viejos, buenos predicadores de otros días, con el pasaje en latín que les daba materia para el sermón, y que tomamos de la epístola primera del libro segundo de nuestro Flaco, vv. 156-160:

*Graecia capta ferum victorem cepit, et artis  
intulit agresti Latio, sic horridus ille  
disfluxit numerus Saturnius, et grave virus  
munditiae pepulere, sed in longum tamen aevom  
manserunt hodieque manent vestigia ruris.*

Que traducido a la antigüita, que es como se me hace más cómodo, es decir, en endecasílabos, vendría siendo:

Conquistó Grecia conquistada al fiero  
vencedor, y las artes introdujo  
al rudo Lacio, así se fue alejando  
el hórrido saturnio sonsonete;  
la gracia el virus expulsó maligno,  
mas los restos duraron luengos años  
y aún duran hoy, de aquella rustiqueza.

En el momento en que Flaco escribía estos hermosos versos, iba ya más de un siglo de aquella lenta, pero segura, labor de la cultura griega de imponerse a la nativa rudeza de los conquistadores. Este proceso parece se había iniciado en las clases altas de la sociedad romana: eran los generales y los grandes políticos los que, después del correspondiente saqueo, podían ordenar los embarques de obras de arte griego rumbo a la Urbe, que en desastrados casos de naufragio dieron a la profundidad submarina, y ahora a nuestros ojos admirados, obras como el Efebo de Anticitera, el Hermes de Cabo Artemisio, el Efebo de Maratón, y ya más cerca de nosotros, rescatados del mar hace menos de veinte años, los dos atletas de Riace, en Calabria, y el filósofo de Porticello. Eran los ricos los que podían pagar amanuenses para la copia de manuscritos y, desde luego, comprar esclavos griegos que se los explicaran y se encargaran de la educación de los chiquillos; después de estas acciones de conquista cobraron actualidad aquellos yambos, que llegaron a convertirse en proverbio, sobre los atenienses derrotados en Sicilia en la fase final de la Guerra del Peloponeso:

ἦτοι τέθνηκεν ἢ διδάσκει γράμματα

(o muerto es o ahora enseña letras).

Al final de la sátira quinta de Persio, hay una alusión a la servidumbre de aquel profesorado griego, que nos hace reír por la baratura que para los filósofos en subasta imagina el tosco y pedante comprador:

*et centum Graecos curto centusse licetur*

(y pujará cien ases por cien griegos),

obviamente, los altos estudios nunca han sido tan baratos.

Así, en lo más alto de la pirámide política de su tiempo, vemos, en el siglo II a.C., que es, curiosamente, aquel prototipo de la severidad romana, Catón el Censor, uno de los primeros personajes importantes en recibir, ya en los últimos años de su vida, la influencia de la literatura griega; Cicerón, en sus *Diálogos sobre la Vejez* (3) nos lo dice: *qui si eruditius videbitur disputare quam consuevit ipse in suis libris, attribuitto litteris Graecis, quarum constat eum per studiosum fuisse in senectute*. Es decir, “el cual, si pareciere disputar con más erudición que él mismo acostumbró en sus libros, atribúyase a las letras griegas, de que consta fue estudiosísimo en su vejez”. Desde luego, el interés del Censor por las letras griegas se dirigía fundamentalmente a la especulación filosófica. Mucho más cerca de Horacio, con interés también filosófico, aunque de signo opuesto, hallamos a Lucrecio Caro. En él y en secuaces menores en la Urbe, se da un caso semejante al ocurrido en la India tres siglos atrás: Siddharta Gautama, el Sakyamuni, habló de la ineficacia de la intervención divina en asuntos humanos, y lo mismo hizo Epicuro; y como aquél fue divinizado por los indios, así éste por Lucrecio; de la veneración perfectamente natural por el maestro, que expresa bellamente Lucrecio en el libro III (vv. 3-4):

*Te sequor, o Graiae gentis decus, inque tuis nunc  
ficta pedum pono pressis vestigia signis*

(Te sigo, adorno de la raza griega, y en las señales  
que imprimieron tus pies pongo mis huellas ahora),

salta, en el libro V, a su divinización:

*Dicendum est, deus ille fuit, deus, inclute Memmi*

(Hay que decirlo, fue un dios, un dios, ínclito Memmio).

v. 8, cf. v. 51

Pero si en ciertos círculos de la intelectualidad romana predominaba el interés filosófico, otros sectores de la misma sociedad se sentían atraídos por aspectos mucho menos abstractos de aquella cultura. Las mujeres, por ejemplo, tenían que buscar la experiencia griega en materia de cosméticos, depilatorios por ejemplo (*psilothra*), como el famoso *dropax*, y cosillas por el estilo; el rojo para aplicarse en la cara, cosmético por antonomasia, *fucus* en latín, viene del griego *φύκος*. Luego tenemos las cosas relacionadas con la moda femenina, en el vestido sobre todo, a veces también con la masculina; Juvenal nos da, por ejemplo, *cyclas*, *adis*, falda talar, que podía muy bien ser *bombycina*, de seda; el vestido formal para la fiesta sería un *trechedeipnon* o, en Marcial, *synthesis*: podría tener, en algún caso, como ahora los de novia, su *syрма* o cola; se vería lindo si al cuello llevara un prendedor de oro con un *elenchos*, perla grande en forma de pera. Juvenal, desde luego, se indignaba ante este aspecto de la influencia griega:

*Nam quid rancidius quam quod se non putat ulla  
formosam nisi quae de Tusca Graecula facta est?*

(VI, 185 sq.)

(¿Qué hay más odioso que el que nadie se sienta  
bonita sino aquélla que de toscana griega se vuelve?)

Otros campos había en que los griegos tenían tradición de siglos, y en que era natural se impusieran como maestros, por ejemplo, el del deporte; así, el griego invade la terminología de esta faceta de la actividad humana; llegaba tan lejos a veces la cosa como para decir *pyctes* en vez de púgil; éste ejercitará las manos con los *halteres*; el *alíptes* lo ungiría con *ceroma* o con un polvillo llamado *haphé*; el calzado atlético, sobre todo para los corredores, eran las *endromides*, y los trofeos deportivos se llamaban *niceteria*. En el arte, nos queda una muestra maravillosa de la presencia del deporte griego en el bronce del *Peleador en reposo*, del Museo de las termas.

Un terreno más, en fin, de aquellos en que la influencia griega es más notoria es el de la gastronomía; desde el

*archimageiros* o chef, hasta el *analectes*, esclavo que recoge lo que queda en las mesas; el apetito mismo es *orexis*, un platón *paropsis*, amén de multitud de nombres de alimentos, desde algunos tan modestos como las *conchides*, habas cocidas con todo y cáscara, o comunes como el *petaso*, jamón de espaldilla, las *colyphia*, albóndigas, comida por cierto, de las favoritas de los atletas, hasta antojos como la *peloris*, ostión gigante, la *cordyle*, atún tierno, que podríais comer en *cybia*, o rebanaditas saladas.

Todo esto de la cocina lo tomo de Juvenal y Marcial.

Al final del banquete os darían alguna cosilla que llevaros, *apophoreton*, desde luego en un lindo canastillo, *calathiscos*. Casi seguramente, la entrada del griego a la cocina dataría de los tiempos mismos de Catón el Censor; recordemos que el padre Ennio, su amigo y maestro, había escrito, además de epopeyas y mitologías, un poema sobre el buen comer, *hedyphagetica*, basado en una obra anterior de Arquéstrato de Gela, en Sicilia.

Ello nos hace pensar hasta qué punto es vieja tradición, aunque interrumpida por siglos, el que notables escritores cultiven en ocasiones dichos temas; me refiero a casos como la *Micología económica*, de José Juan Tablada, la *Historia gastronómica de la ciudad de México*, de Salvador Novo, las *Memorias de Bodega y cocina*, de Alfonso Reyes; consciente o inconscientemente seguimos en esto las huellas de los griegos.

Tenemos, entonces, la invasión de la lengua y cultura del pueblo vencido en la filosofía, la vida social, el deporte, la cocina; faltaba la alcoba y también allí, desde luego, penetró; y salía de allí cada mañana a la plaza y al mercado; la señora llamaría a su carrito de mano *chiramaxion*. Toda la vida cotidiana, en fin, llegó a helenizarse. Carlos González Peña escribía que en su juventud, en la época porfiriana, los novios “se chuleaban en francés.” En Roma era en griego, y tenemos en Persio la expresión *nugari solitos graece* (que dicen sus tonterías en griego, I, 70) que creo vendría siendo casi equivalente. José Guillén, de la Universidad de Salamanca, escribe: “la palabra griega es en latín es la dicción del aparte, del monólogo y del amor” (*Estilística latina*, p. 177).

Es verdad, con lo refinado venían a veces la molicie y el afeminamiento, de ahí aquello de Juvenal: *Nil nisi Cecropides truncoque simillimus Hermae* (nada más que un cecrópida parecido a un Hermes podado, VIII, 53), alusión, desde luego, a la diablura de Alcibiades de mutilar los Hermes guardianes de las casas, desmán de que nos habla largamente Tucídides; de hecho, si Horacio estaba feliz de la introducción de las artes por los griegos, Juvenal añora al tosco romano de antaño: *Tunc rudis et Graias mirari nescius artes* (rudo entonces, sin saber admirar el arte de Grecia, II, 100). Varios otros lugares redondean esta visión negativa de Juvenal; célebre es su expresión desdeñosa *Graeculus esuriens* (III, 78), como lo es la de Petronio *Graeculi delirantes* (88,100). Pero, delirantes o hambrientos, los griegos seguirán imponiendo su cultura, y llegará el momento en que un emperador, Marco Aurelio Antonino, nos dejará, escrita en griego, su obra inmortal, como lo hará, para seguir en todos sus pasos, Juliano el Apóstata.

Pero ya con Juliano estamos en la segunda Roma: Bizancio.

Ahí ya no se usa el latín más que en cuestiones jurídicas, y aun en éstas hay excepciones: la *novella constitutio* (νεαρά) poco a poco se va escribiendo en griego; la terminología cortesana es prácticamente toda griega, pensemos en el στέψιμο (la coronación), el δέξιμο (la recepción en palacio), el σάξιμο (el baile allí mismo) y aun el ἀλλάξιμο, el vestido de gala que había de llevar uno a esas ceremonias. Es verdad, sobreviven en el griego bizantino vestigios latinos, σέσσος (lat. *sessus*, de *sedere*) designa el trono, cosa tanto más rara cuanto que trono es palabra griega; σελλίον, sillita, diminutivo del latín *sella*, y aun uno que otro extraño diminutivo de diminutivo; de *fax*, antorcha, *facula*, pronunciado en el habla rápida *facla*, antorchita, tomando en cuenta la confusión vulgar de *cla* con *tla*, que aun ahora persiste, sale el bizantino φατλίον; de *lanx*, plato, *lancula*, platito, pronunciado *lancla*, proviene λαγκλίον. Andando el tiempo, aun alguna palabra italiana dejará prole bizantina, el διβάμπουλο, por ejemplo, especie de candelero portátil de dos brazos, de

que nos habla Códino en su ceremonial, obviamente proviene de *vampa*, llama.

Herederas culturales de la segunda Roma, Bizancio, es la tercera, Moscú. Antonio Caso ha escrito: "Roma civilizó a Occidente como Bizancio civilizó a Rusia." Ello por obra, primordialmente, de los santos tesalonicenses Cirilo y Metodio. El alfabeto ruso, derivado del griego, es el cirílico, la *civiliza* (*kirílitsa*), como ellos lo llaman.

Inútil que Roma, la primera, trate desde hace tiempo de apropiarse este mérito que corresponde a Bizancio, inútil que desde fines del siglo pasado se hayan metido en el breviario romano pequeños nuevos himnos en dímetros yámbicos y lecturas referentes a ambos misioneros, en que se los pinta casi como enviados del papa, o que la santa sede, por medio de *Poste Vaticane*, celebrara en 1963 con lindas estampillas los once siglos que se cumplían de su misión; porque el que envió, en 863, a estos santos varones a tierras eslavas fue precisamente Focio, el gran fautor del rompimiento con la iglesia romana, y cuya Biblioteca, no necesito recordarlo a mis alumnos, conserva referencias y cita fragmentos de autores y obras que de no ser por ella lloraríamos perdidos.

Podríamos tomar como juez imparcial a Sir Giles Fletcher, que no era de una ni otra iglesia, sino anglicano, y que escribía refiriéndose a los inicios de la cristiandad en Rusia: "Convertidos a la fe y pervertidos al mismo tiempo, al recibir desde el principio la doctrina del evangelio corrompida con las supersticiones de la iglesia griega, que estaba ya degenerada así en doctrina como en disciplina" (*Of the Russe Commonwealth*, 79 r-v.)

Si había perversión y degeneración en el cristianismo ruso desde sus inicios, y éstos se hubieran debido a la iglesia romana, ¿qué mejor ocasión y quién más indicado que aquel embajador de Su Majestad Británica, entonces (finales del siglo xvi) en lucha encarnizada contra el catolicismo?

Es un hecho fuera de toda disputa que el cristianismo ruso es bizantino desde sus comienzos, como lo es el que,

después de la caída de Bizancio, el zar, venga o no la corona de Constantino Monómaco, se consideró siempre sucesor del emperador bizantino (*tsar pravoviérni*, δεορθόδοξος βασιλεύς); de ahí la adopción, en su escudo de armas, del águila de dos cabezas.

Este símbolo tuvo su origen cuando los soldados de la cuarta cruzada, esos sí con la bendición papal, se apoderaron de Bizancio. El emperador Teodoro I Láscaris se refugió en Nicea, pero sosteniendo su derecho a recobrar la capital ocupada, lo que llegó a hacerse mucho después de sus días. Las dos cabezas representan la verdadera capital ocupada, Constantinopla, y la capital provisional, Nicea, y el emblema fue usado por primera vez por Teodoro II, que reinó de 1254 a 1258, todavía durante la ocupación latina, para mantenerse en uso aun después de que se recobró Bizancio.

Cuando, pasados más de dos siglos, y caída ya la ciudad, una vez más y definitivamente, en poder de los turcos, la princesa Zoe, hija de Demetrio Paleólogo, contrajo matrimonio con el zar Iván III, éste adoptó con todo derecho el águila dicéfala (*dvuglávnií oriól*) como escudo de armas, lo que tuvo lugar en 1472.

Desde luego, dados los múltiples enlaces de unas casas reales con otras, no debe sorprendernos encontrar en el escudo de Carlos V esa misma águila que vemos en el de la casa de los Romanov, en Rusia, hasta la Revolución de Octubre. Por cosas de familia, el católico César era, además, duque de Atenas, según puede verse, por ejemplo, en el documento de concesión a Hernán Cortés del título de marqués del Valle de Oaxaca. Y del escudo de Don Carlos, adaptado ingeniosamente, modificado por el cambio en una de las cabezas, ha pasado en este siglo al escudo de nuestra Universidad. Como en el caso de Nicea y Constantinopla en el original, aquí hay referencia a dos ciudades, México y Lima, sedes de las dos primeras universidades fundadas en el Continente, y en cuanto representativas, además, de una y otra Américas. Recuérdese que nuestra Universidad fue fundada por Don Carlos; “un tonto y un perverso” lo llamó Vasconcelos, pero eso no impidió copiarle el escudo.



Dejadas estas digresiones, es preciso volver a Moscú. Veinte años después de su matrimonio con Zoe, cuarenta después de la caída de Constantinopla, en 1492, Iván III proclama a Moscú tercera Roma. Tal vez, ahora que cambian allá tanto las cosas, no falte quien lo celebre cuando nosotros recordemos por acá el violento encuentro de dos mundos. Algún tiempo después, el monje Filóteo fijaba la posición del zar en su famosa frase: “Dos Romas han caído; la tercera Roma es Moscú, y no habrá una cuarta”. En fin, el 25 de enero de 1588 tiene lugar la transferencia del patriarcado griego a Moscú (Fletcher, 81 r-v.)

El arte sacro ruso, no es necesario decirlo, es un reflejo del bizantino; el gran Andrei Rublev, uno de los iniciadores de la pintura de iconos, se inspira, para sus frescos de Zagorsk, en la *Explicación de la divina liturgia* (Ἐρμηνεία τῆς θείας ἱεουργίας) del místico griego Nicolás Cabasilas, del mismo modo que, siglos después, Chaikovski, ese “compositor más allá del elogio”, como lo llama nuestro crítico José Antonio Alcaraz, pone su música a la liturgia de San Juan Crisóstomo; nada de ritual romano. Es más, aun para la espiritualidad falefórica (permítaseme la expresión), de Gregorio Efimóvich Rasputín, se encontraría sin dificultad remoto antecedente en algún himno de Simeón el Nuevo teólogo, santo monje griego del siglo x († 12 de marzo de 1022).

Cambios tremendos sacuden hoy a la tercera Roma, y parece vendrán otros; el arte ruso pronto dejará de ser una biografía en estampas de Vladímir I. Lenin, como lo fue por siete décadas: Lenin en una fábrica, Lenin apuntando con el puño al Palacio de Invierno, Lenin bogando rumbo a Suecia, Lenin viendo el reloj (*¡no perdáis un solo minuto!*) Ya se permitieron manifestar en la Plaza Roja simpatizantes de la monarquía, que nunca faltan jóvenes que añoren viejos tiempos, y suenan de nuevo las campanas de San Basilio en una festividad cristiana.

Pero con el mismo San Basilio al fondo se retrata otro día un grupo de mujeres jóvenes, de muchachas *cínicas*, dicen los camaradas de la vieja guardia, jóvenes mujeres que

anuncian para el arte escénico, para la pintura, para el cine ruso (ya Natalia Negoda había abierto la marcha), un *destape* a la manera española después de la muerte de Franco en el 76. Allí está Larisa Litichérskaia, y otras del grupo de *descaradas* en que se puede incluir a Olga Egorova, Natasha Berko, Lena Nosova.

Conversión y perversión, diría Fletcher, como en los días de Borís Godunov. ¿Qué diremos nosotros? Sólo queremos recordar que la emperatriz Teodora, años antes del retrato hierático que vemos en el mosaico de la basílica de Rovenna, era famosa por un numerito bastante obsceno, con gansos y arroz, en las tablas bizantinas; que la emperatriz Teófano, muerta en un convento, llevaba antes una vida de que cantó el gran Kostís Palamás en su poema de *La flauta del rey* (Ἡ φλογέρα τοῦ βασιλιᾶ) como nosotros no soñaríamos hacerlo nunca. En fin, que consideramos los destapes mejores que los tapujos, y pensamos que Cristo, si algún pecado fustigó con marcada insistencia a lo largo de su santísima vida pública, ese fue la hipocresía.